

TEMAS DE ACTUALIDAD

¿A quién le importa la organización de las administraciones públicas?

FERNANDO Toboso *

Si, esa es la cuestión. ¿A quién le importa lo que pueden decir unos u otros académicos reunidos en torno a un curso de verano, a una conferencia, a un seminario o a unas jornadas de divulgación, particularmente si son economistas? Pues a cada vez menos personas. Estas, al menos, la primera conclusión que cabría extraer si uno se fija en el escaso número de asistentes, por lo general, a estos actos organizados para presentar y debatir sobre unos u otros asuntos económicos. ¿A quién le importará lo que se diga en el seminario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo sobre «Organización y cambio institucional en la dirección y gestión de los asuntos públicos» que va a tener lugar del 20 al 24 de septiembre, en Valencia? (www.uv.es/econinst/UIMPprograma.html).

Por la difusión hecha, por la trayectoria de los ponentes, por los temas prácticos abordados y por el planteamiento multidisciplinar y no economicista del curso, cabría pensar que la sala estará abarrotada. ¿Cómo no va a interesar, al menos, a sesenta personas lo que Ian Kirkpatrick plantee sobre la experiencia del Reino Unido en materia de reforma organizativa de los servicios sociales? ¿Cómo no va a interesar lo que plantease Claud Menard sobre las fórmulas organizativas alternativas existentes en los municipios franceses para el suministro de agua potable y sus resultados? O lo expuesto y debatido sobre el resto de experiencias organizativas y reformadoras abordadas en relación con otras

administraciones públicas concretas. Las reformas de los estatutos de autonomía que hay planeadas en la agenda política valenciana y española, los esfuerzos en pro de las mejoras de calidad de los servicios públicos ya iniciados en un gran número de áreas ámbitos o la preocupación existente en el ámbito de los gobiernos locales por los temas organizativos, por citar algunos ejemplos, evidencian que los asuntos abordados son de actualidad.

Si ello es así, ¿Por qué podría resultar, pues, que aún no siendo grande la sala de sesiones, aquella no apareciera abarrotada, como suele ser habitual? Tres son los aspectos principales que quiero aquí resaltar a efectos de ofrecer una explicación a dichas situaciones en el caso de los actos dedicados a temas económicos. Y ninguno de ellos tiene que ver con el interés de lo tratado, la calidad de ponente, el lugar de celebración o el trabajo de difusión realizado. En los años 80, sin apenas correos electrónicos, ni listas de distribución, ni páginas web, estos actos de puesta en común y debate solían estar siempre llenos y en salones más grandes que los actuales. Obvio resulta decir que si los organizadores de estas conferencias no son capaces de persuadir a los potenciales asistentes de la utilidad de su esfuerzo, pues poco más cabe decir sobre dichas decisiones personales legítimas. Pero también cabe explicar el por qué esto es ahora así y no lo era, por ejemplo, en el entorno de la Facultad de Económicas de Valencia hace 15 ó 20 años.

¿Dónde está, pues, la clave? Como suele ocurrir en otros ámbitos, la clave suele estar en el entorno y en los muchos cambios

habidos en el mismo durante los últimos quince años. Se necesita, pues, una explicación circunstancial. Tres son los aspectos principales que quiero destacar aquí. El primero tiene que ver con el enorme aumento en la oferta de este tipo de actos, conferencias, presentaciones, seminarios, jornadas, cursos de verano, cursos de libre opción, cursos de formación extracurricular, etc., etc. que ha tenido lugar cuando, por el contrario, nuestro tiempo disponible para asistir a los mismos ha disminuido en términos absolutos, atareados como estamos todos con cada vez más obligaciones.

El segundo aspecto tiene que ver con el llamado *academicismo*, esto es con la supuesta *torre de marfil* en la que parece que se encuentran instalados los académicos en general, lo que les permite abstraerse de los problemas del día a día tal como los confrontan tanto quienes los sufren como los representantes políticos que han de estar pegados al suelo y en contacto con unos y otros colectivos, negociando y gestionando, repartiendo presupuestos y aprobando reformas. Aunque, más que torres de marfil, las tendencias actuales en la construcción de campus universitarios hacen que los departamentos se asemejen más a edificios carcelarios que a esas idílicas torres de marfil, lo cierto es que esa distancia reflexiva y esa especialización antes mencionada suelen acabar conduciendo a no pocos economistas académicos a la construcción de sofisticados modelos o análisis en los que se presta atención a un número excesivo de variables, y con interrelaciones complejas. Puestos a pensar, e intentando ser originales para poder conseguir,

bajo las reglas imperantes, que la investigación resulte publicada, los trabajos académicos en general, y económicos en particular, suelen resultar enormemente *sesudos* para la mayoría de pequeños empresarios y comerciantes, gerentes de pequeños negocios e incluso para el personal de los grupos A y B en las administraciones públicas, incluso aún siendo éstos licenciados en alguna titulación con elevado componente económico. Personas, sin embargo, que toman o participan en la toma de decisiones económicas un día sí y otro también. ¿Conocen o no conocen en general los empresarios las claves económicas de sus negocios, de los mercados en los que se mueven, el papel de los gobiernos y Administraciones Públicas, etc.? ¿Y los miembros de los comités de empresa y líderes sindicales? ¿Y los altos cargos de las Administraciones Públicas?

A mí me resulta algo obvio que la respuesta es sí en todos los casos, aunque ese conocimiento esté siempre impregnado de incertidumbres intuitivas, sea siempre circunstancial y sujeto a revisión al comprobar que algunos resultados esperados no se logran, etc. Pero es que sería erróneo y contraproducente para los propios intereses defendidos u objetivos perseguidos el mantener invariable un supuesto *conocimiento exacto* sobre fenómenos, intercambios, gastos, decisiones, compras, inversiones, precios y conflictos que resultan enormemente diferentes, dispersos y cambiantes de unas zonas a otras, de unos colectivos a otros, de unos periodos a otros, etc.

Y la última, pero no por ello menos importante, razón a resaltar

aquí tiene que ver con el uso que se hace de las argumentaciones o discursos económicos. A nadie con experiencia laboral y profesional se le escapa ya que esa rivalidad imperante en el mundo de los negocios, y también en la política, acaba haciendo que las personas y grupos contendientes utilicen las argumentaciones económicas como instrumento de persuasión en defensa de sus propias posiciones y objetivos, sean éstos interesados sólo en la propia fortuna o se trate de objetivos solidarios, en defensa del medio ambiente, a favor de las políticas sociales, o cualesquiera otros. Para tal fin lo que importa es más encontrar argumentaciones económicas útiles que argumentaciones verdaderas. Y es obvio que la experiencia sindical, profesional, política o empresarial y las lecturas de las argumentaciones breves que aparecen en la prensa general y económica aportan una información mucho más útil para la gran mayoría de todas esas personas mencionadas que la que pueden obtener en las conferencias o trabajos de los economistas académicos. Además, leer y escuchar argumentaciones diferentes sobre un mismo asunto de especialistas que escriben o comentan sobre temas económicos en los medios de comunicación aún reafirma más esa convicción de que en relación con los asuntos económicos de las personas ni cabe esperar, ni sería deseable promover, la unanimidad en los diagnósticos y recetas que sí que se exige, y suele caracterizar, al trabajo de los académicos dedicados al estudio de los fenómenos químicos, por ejemplo.

* Universidad de Valencia.